

En el fondo de todo esto, vése una gran dosis de orgullo y obstinacion. « Todavía al presente », añade el Santo Padre, hoy todavía, es decir despues del *Syllabus*, despues del Concilio, despues de las advertencias reiteradas de la Santa Sede, hay personas que aceptan las verdades recientemente definidas *para evitar la nota de cismáticos*, mas bien que por verdadera sumision, por sumision al acuerdo supremo. ¿Y es esto espíritu católico? ¿Acaso Dios no vé ante todo el corazon?

En fin, en este Breve memorable, el Papa recuerda por dos veces que la firmeza de la fé descansa unicamente en « la adhesion *perfecta* al espíritu y á las doctrinas de la Cátèdra de Pedro, » porque solo en ella se halla la infalibilidad de la enseñanza. A esta obediencia plena y entera á la Santa Sede, debe añadirse indudablemente la deferencia y respeto debidos al Obispo; pero este respeto y deferencia deben dejar intacto el primero de todos nuestros deberes, á saber: la sumision al Papa, á su autoridad suprema, á todas sus enseñanzas y á todas sus direcciones. — Tan solo así seremos fuertes. Siempre debemos al Obispo el respeto, la deferencia, « *obsequentes* »; pero

solo debemos seguirle, mientras él mismo siga á Pedro, el único Jefe de la Iglesia, el único soberano Pastor, el solo Doctor infalible. Por esto decimos aquí: « *obsequentes* y no *sequentes*. »

Seamos pues, mis buenos amigos, enteramente católicos; no nos dejemos arrastrar por las simpatías ó por decirlo mejor, por las preocupaciones que estén en boga. Y nosotros tambien repitamos las palabras de obediencia y amor que salieron del corazon y de los labios de los doscientos obispos reunidos en Roma en 1867 con motivo de las fiestas del centenario de san Pedro. « *Petrus solus loquatur: ¡ Petrum solum sequamur!* »

Esta es la sola regla segura; la única infalible.

## XVII.

« Pero los católico-liberales, como los demás, son hijos de la Iglesia, quieren y buscan la verdad. ¿Acaso no somos injustos con ellos? »

No por cierto, no somos injustos con ellos, sino justos y muy justos. Así como tenemos

en cuenta sus buenas intenciones, no debemos olvidar sus ilusiones que son deplorables.

Son hijos de la Iglesia, sí, pero á su modo; y la Iglesia declara en alta voz que este modo es absolutamente falso y peligroso á no poderlo ser mas. Es preciso servir á Dios como Dios quiere ser servido y como la Iglesia nos enseña. Así es que para servir verdaderamente á Dios y á su Iglesia, se debe empezar por obedecerle, recibiendo dócilmente sus direcciones y siguiéndolas fielmente. Los católico-liberales hacen precisamente lo contrario: lejos de obedecer á la Iglesia quieren mandarla, y obran en consecuencia. Vénla en peligro, quieren defenderla, lo que está muy bien; y para esto le ofrecen remedios de su invencion. La Iglesia examina estos remedios, les manifiesta que en la pócima hay veneno; y ellos, incomprendibles en su porfía, se obstinan en dársela y quieren á toda costa que se la beba. La envenenan creyendo salvarla. ¿Qué nombre daremos á tal proceder?

« Aman y buscan la verdad. » Sí, pero ¿ qué verdad? La suya, la que ellos se han forjado, y no la verdadera, la de la Iglesia, la de Dios.

¿ En qué consiste pues la verdad? ¿ Dónde está? ¿ Dónde debemos buscarla? ¿ No es de fé que se halla en la Iglesia, en los labios del Jefe de la Iglesia? Esta misma fé nos dice que la Iglesia y la Santa Sede son sus incorruptibles depositarios é intérpretes infalibles. Sí, allí está la piedra angular del espíritu humano; allí, y no en otra parte, brilla el sol de la inteligencia, de la razon pública y privada. Lo que ennoblece, dilata y eleva verdaderamente las inteligencias, es el buscar siempre con humilde sumision la verdad cuyo depositario es la Iglesia y su soberano Doctor el Vicario de JESUCRISTO. ¿ Puede darse nada mas bello, mas lógico, mas verdaderamente grande, que ver á una noble inteligencia y sobre todo á un gran cristiano interrogar la Iglesia, penetrar su pensamiento íntimo, sobre todo lo que concierne al orden espiritual, moral y social, presentar en caso necesario aquel pensamiento con una solicitud impregnada de amor, hacerse cargo de él, desconfiar de las preocupaciones y del propio sentimiento, aprovechar los menores indicios de su doctrina y solicitar sin cesar nuevas manifestaciones siempre mas luminosas y mas extensas de esta verdad tan bienhechora?

En vez de esto, ¿que vemos, decidme, en la escuela católico-liberal? Algunos hombres, muchas veces distinguidos por los dones de la inteligencia, apasionándose de opiniones puramente humanas, procurando por todos los medios imponerlas no solamente á sus correligionarios, sino hasta á la Iglesia, cerrando los oídos á todo lo que viene de Roma, interpretando á su modo los Actos oficiales que les condenan, en particular la Encíclica y el *Syllabus*, y eludiendo con miserables subterfugios los argumentos que les confunden. ¿Y es esto querer la luz? ¿Es esto buscar la verdad? ¿Es esto ser verdaderamente católico, verdaderamente amante de la Iglesia?

Sin quererlo, experimentamos un profundo sentimiento de tristeza al ver á unos hombres de un talento incontestable y de un corazón generoso, como emplean los mas nobles dones del cielo al servicio de ideas personales que la Iglesia rechaza y reprueba altamente.

Generalmente poco instruidos en los principios de la teología y del derecho eclesiástico, que son los únicos que dan con autoridad la solución de estos grandes problemas, los católico-liberales confunden lo natural y lo sobre-

natural. La escuela católico-liberal se halla en pleno naturalismo. Olvida el grande hecho que domina el mundo, á saber que Dios en su amor habiendo instituido el orden sobrenatural, es decir el orden cristiano y católico, ni los individuos ni las sociedades pueden, sin faltar á su primer deber, negarse á entrar en él, ni contentarse con permanecer en el orden puramente natural.

JESUCRISTO, que es el único Dios verdadero, siendo el Señor y Maestro de todas las cosas, las sociedades lo propio que los individuos le deben, so pena de prevaricacion y reprobacion, su fé plena y entera, su sumision, su amor; y como su Iglesia es su Enviada en medio de las naciones, en el decurso de los siglos, toda criatura humana, desde el príncipe hasta el último de sus súbditos, debe á la Iglesia lo que debe al mismo JESUCRISTO. « *El que os oye, me oye; el que os desprecia, me desprecia, el que os recibe, me recibe!* »

El deber de toda sociedad, asi como de todo individuo, consiste en penetrarse del espíritu católico y conformarse en sus leyes y en sus instituciones con los principios de la Iglesia. Todas las revoluciones del mundo no los

alteran; los deberes de las sociedades no cambian, como no cambian los derechos de JESUCRISTO y de su Iglesia. Esto es lo que la Santa Sede no cesa de recordar á nuestras sociedades extraviadas; esto es lo que el gran Pontífice de nuestro siglo proclamó solemnemente en aquella inmortal Encíclica y en aquel *Syllabus* mil veces bendito, que constituyen una magnífica revindicacion del derecho católico y un admirable código de civilizacion cristiana.

Y es esto tambien, añadamos con dolor, lo que no quieren todavía reconocer los católico-liberales. A sabiendas ó no, desprecian, rechazan el derecho católico, que es de institucion divina; y de conformidad en esto con los revolucionarios, sustituyen el derecho divino por el pretendido derecho humano, que varia segun los caprichos de los tiempos y de los pueblos.

¿Cuándo llegará pues aquel dia en que todos los católicos, verdaderamente amigos de la Iglesia, verdaderamente sometidos á JESUCRISTO y á su Vicario, irán á buscar la verdad en donde se halla, en Roma, al pié de la Cátedra de San Pedro, y no en Francia, ni en Bélgica, ni en Alemania, ni en Inglaterra, ni

tampoco en América? Aquel dia, cuya aurora saludamos, ya no habrá liberales, ó al menos católico-liberales. Entonces todos los cristianos, todos los hijos de la Iglesia sin excepcion, habiendo desterrado por fin las divisiones que hoy dia les debilitan, aceptarán en su integridad la enseñanza del Vicario de Dios; se inspirarán en particular, en las saludables verdades que encierran la Encíclica y el *Syllabus*; y harán de aquellas verdades la regla no tan solo de su conducta privada, sino tambien y sobre todo de su vida pública. Entonces,... pero entonces únicamente triunfará la causa de la verdad.

Hasta que llegue aquel suspirado dia, combatamos á los católico-liberales con tanta energía como á los liberales revolucionarios. Recordemos que lo dijo el Papa: En cierto modo, los primeros son mas peligrosos para nosotros que los segundos.

#### XVIII.

« Pero al fin y al cabo á pesar de su liberalismo los católico-liberales son católicos, y tratar de esta suerte á los católicos ¿no es una falta de caridad? »

¡Poco á poco! La cuestion que ventilamos no es la personal de los católico-liberales, es la de la doctrina del catolicismo liberal, ó lo que es lo mismo, no nos ocupamos de los católicos por su catolicismo sino por su liberalismo.

Además, mis queridos amigos, si en el exámen de esta vidriosa materia venimos á recabar que estamos en desacuerdo con el Soberano Pontífice, acordémonos que su juicio debe reformar el nuestro y que no tenemos el derecho de imponernos á él. La enseñanza del Jefe de la Iglesia es la regla viviente de la fé. En esto como en todo y siempre á El, toca enseñar y á nosotros obedecer; á El juzgar la doctrina y á nosotros aceptarla con fé y reconocimiento.

Haciendo frente á los católico-liberales el Jefe de la Iglesia ni lastima la caridad ni la verdad. No perdamos de vista aquella bella máxima del apacible y venerable S. Francisco de Sales en la que refiriéndose á los herejes y enemigos declarados de la Iglesia dice: «Donde quiera que fuera es un acto de caridad descubrir al lobo cuando penetra en el redil de las ovejas (1).» El Papa hace otro tanto; juzga y de-

(1) Introduccion; lib. III, cap. XXIX.

clara que los liberales no son menos peligrosos apesar de sus ribetes de catolicismo.

Con este motivo y con el de la calificacion de *peste perniciosísima*, que indigna á los católicos á medias, reasumamos brevemente la tesis católica (1).

### XIX.

RESÚMEN DE LA TESIS: «EL LIBERALISMO CATÓLICO ES UNA PESTE PERNICIOSÍSIMA.»

El liberalismo católico es una peste perniciosísima, es decir una enfermedad mortal, porque es un gravísimo error contra una gran verdad revelada. Es profundamente herético porque niega de mil maneras, los derechos de Dios, de Jesucristo y de su Iglesia sobre las sociedades humanas y atribuye á los gobiernos el derecho de colocar sus leyes y su política en oposicion con la ley y mandatos de Jesucristo. ¿Negar la soberanía social del Hijo de Dios no equivale á negar su divinidad? ¿Negar este

(1) El extracto de este resumen lo saco de un notable trabajo publicado por el sábio é infatigable P. Ramière en «El Mensajero» enero de 1874.

derecho y mision superior de la Iglesia no es negar directamente su divina mision? El liberalismo es una peste perniciosísima porque se extiende á todo y doquiera facilita la entrada del virus herético que se encierra en las doctrinas protestantes y revolucionarias. Empieza por alterar la Religion; prosigue su obra, deleterea en filosofía, en donde crea el ontologismo; se extiende por el campo de la política con sus fatales ilusiones, con su impotencia para el bien; en todas partes se le encuentra, en la educacion, en la enseñanza, en la familia, en el individuo. «Las demás herejías, dice un gran pensador citado por un Obispo ilustre (1), han podido limitarse; pero el liberalismo como se ha disfrazado con los nombres de la verdad, (progreso, luz, libertad, igualdad, fraternidad, ley, civilizacion, etc.) seduce fácilmente á los pueblos y si Dios no lo remedia, arrancando la máscara á esta infernal impostura, acarreará la ruina de la Francia y de toda la cristiandad.»

El liberalismo es una *peste perniciosísima* por sus tendencias y á eso se debe principal-

(1) Mr. Blanc Saint-Bonnet en su libro titulado *La legitimidad*, citado por el Ilmo. Sr. Obispo de Poitiers.

mente los estragos que está causando en las filas de la juventud católica. Ningun católico se atreverá en teoría á negar el soberano derecho que ejerce Jesucristo y su Iglesia sobre las sociedades; pero en práctica los que están inficionados del liberalismo se conducen como verdaderos liberales; en lugar de defender, como deben, el derecho de Jesucristo y de su Iglesia, los veréis siempre prontos á sacrificarlo en nombre de la política, de las necesidades de los tiempos, en nombre de la opinion pública, de los hechos consumados. Indirectamente al menos, tratan de revindicar en favor de los enemigos de la fé la libertad de atacar á la Iglesia, y con caballerosa generosidad se esfuerzan en sostener los pretendidos derechos del error y en reclamar para los enemigos de Dios los mismos privilegios que gozan sus servidores. Sus actos, como hombres públicos, están en abierta oposicion con su conducta privada y con sus creencias. Estas tendencias, que son la lógica consecuencia de sus principios católico-liberales, ¿pueden acaso conciliarse con la viva fé de un verdadero cristiano? puede un mismo hombre tener dos conciencias? y lo que es falso para el hombre privado,

puede ser verdadero para el hombre público?

El liberalismo es *una peste perniciosísima* porque debilita y paraliza á los defensores de la Iglesia y del derecho. ¿Dónde está la fuerza del ejército católico? No es en su fé, en la indomable energía de su fé? Pues bien, el liberalismo es para nosotros una de las principales causas de la debilidad de la fé. Quebranta la fé en las almas acostubrándolas á ver el error y la verdad tratados de igual manera; y en el momento en que se concede iguales derechos á entrambos se los rebaja al nivel de simples *opiniones*. El liberalismo reduce la fé de un gran número de cristianos á una probabilidad humana, á una opinion mas ó menos respetable. Gracias á los estragos del liberalismo, oiréis hablar con frecuencia á cristianos y hasta á sacerdotes y religiosos de *opiniones religiosas* relacionándolas en cierta manera con las opiniones políticas. La verdad ya no es tenuta para nada en cuenta; el liberalismo la sacrifica sistemáticamente al derecho de las mayorías y á lo que dá en llamar *caridad*, enervando de esta suerte al cristianismo.

El liberalismo es *una peste perniciosísima* porque introduce la division entre los cató-

licos y los hombres de bien. La Iglesia descansa sobre la unidad, no menos que sobre la verdad, y el catolicismo liberal tiende á rasgar esa unidad mientras mina por separado la verdad. Atrae una porcion de católicos hácia su abigarrada bandera, cuando los demás permanecen fieles á la enseña inmaculada de la verdad y de la obediencia que tremola la Santa Sede. De ahí la aparicion de dos partidos en el seno de la Iglesia, con las consiguientes divisiones y perturbaciones; de ahí las debidas protestas que por un lado dirigen los fieles católicos contra las concesiones hechas al error y al espíritu del siglo, y de ahí por otro la acusacion de los católico-liberales lanzada contra sus adversarios por lo que llaman exageraciones, intolerancia, terquedad, ceguera, pretendiendo que con la conducta á que ellos se ajustan y transigiendo con los enemigos de la Iglesia consiguen la salvacion de la misma. Los católico-liberales acentuan sus censuras hasta el punto de alcanzar las personas de los Obispos y hasta del mismo Papa (el *Syllabus* y el Concilio lo atestiguan) acusándoles por lo bajo y de una manera solapada de destructores de la Iglesia.

Si alguna vez, como suele suceder en toda contienda, los defensores de la ortodoxia y de la Santa Sede no miden con matemática exactitud el alcance de sus tiros, si se colocan en una falsa posicion, sobre todo, si tienen la desgracia de descargar golpes contundentes, por mas que en ello no haya un mal; se perseguirá esta exageracion de celo en los hermanos con mucho mas rigor que la hostilidad manifiesta del comun enemigo.

Y se dará entonces el raro y desconsolador espectáculo de aparecer reunidos ante un mismo altar y participando del pan celestial varios fervorosos católicos que al salir del templo se dirigirán recíprocamente invectivas mucho mas acerbadas, injustas y apasionadas que las que guardan para los herejes y ateos. ¡Cuánto dañan á la causa de Dios tan escandalosas divisiones!

¿Y de quién es la responsabilidad? ¿Hay que atribuir la culpa al celo de los católicos puros? ¿A su denuedo en la defensa de la Religion? Ciertamente que no.

¿Tal vez á la mala intencion de los católico-liberales? Nada de eso: la mayor parte se engañan de buena fé. ¿Donde está pues el cul-

pable? Oid al Papa que nos lo pregona en alta voz: el culpable es el liberalismo católico. Si, esa es la peste que despues de haber alterado la verdad en las inteligencias, se derrama á los corazones para imposibilitar la unidad de sentimientos y la comunidad de esfuerzos.

El liberalismo es una *peste perniciosísima* porque donde quiera que impera no es posible la salvacion de la sociedad. Ataca en sus raices la vida de la sociedad, de la misma suerte que el *phyloxera* (1) destruye la cepa por su raiz. «El gran peligro y el gran mal de las sociedades modernas, consiste en que en la esfera pública y social los fieles, y harto frecuentemente los sacerdotes de nuestra generacion, creen que en pleno cristianismo y apesar de la fé cristiana que profesan, pueden observar una conducta neutral y de abstencion, como si Jesucristo no hubiese venido al mundo ó hubiese desaparecido de él. Los que profesan y practican semejante teoría, se condenan á una impotencia absoluta en orden á la

(1) El *phyloxera* es un gusano que se ha presentado de poco tiempo acá en algunos departamentos vinícolas de Francia y que causa daños de consideracion. (Nota del traductor.)

cura y salvacion de esta sociedad enferma. Si no hemos conseguido desechar el mal interior que nos trabaja, nos acaba y nos mata, culpado á que profesando la fé privadamente, hemos aceptado nuestra parte alicuota de infidelidad nacional: culpado á que mientras Jesucristo por el órgano infalible de su Vicario y de su Iglesia, condena una doctrina social por errónea y perniciosa, nosotros la preconizamos como necesaria; y mientras se nos señala el camino de salvacion, nosotros emprendemos precisamente el contrario. Ahí está la causa de nuestra impotencia (1).

Débese este gran mal al catolicismo liberal que paraliza las buenas obras, las penitencias y las oraciones que de todas partes se elevan al trono del Dios de las misericordias para implorar el perdon y salvacion del mundo.

¿Cómo se pretenderá que el Señor quiera salvar una sociedad que está decidida á prescindir de El, á oponerse á sus enseñanzas, á desconocer y á violar sus derechos? ¿Puede acaso invocar legítimamente la ayuda tempo-

(1) Sermon del Sr. Obispo de Poitiers pronunciado en 25 de noviembre de 1873.

ral de Dios para combatir á su propio Hijo, su autoridad y su imperio?...

Si apesar de nuestras oraciones, de nuestros ayunos y buenas obras, persistimos en la misma obstinacion; si dando con la mano limosna, nuestra boca sigue pregonando los sistemas condenados por la Iglesia docente, si acariciamos las mismas preocupaciones, si adoramos los mismos ídolos, las falsas libertades, los mortales principios del 89, reanimados en 1830 y glorificados desde 1852 hasta nuestros dias; necesariamente nuestras peticiones y ruegos serán estériles y la santidad y la justicia del Omnipotente sujetarán las manos á su misericordia.

La *Imitacion de Jesucristo* dice á este propósito una sentencia profunda que debe de aplicarse á las sociedades mas aun, si cabe, que á los individuos: «Vale mas tener en contra de sí al mundo entero, que á Jesus ofendido.» Y sin embargo en el estado á que el liberalismo ha reducido á nuestra desdichada sociedad moderna, tiene en frente á Jesus ofendido, á Jesus á quien pone fuera de la ley. De ahí, esas situaciones imposibles de dominar y contra las cuales se estrellan, unos tras otros, los hombres mas eminentes.

Desengañaos, mientras social y políticamente no volvamos los ojos á Jesucristo Rey y á la saludable direccion de su Iglesia, de poco servirá el orar y el ejercicio de buenas obras, nuestra salvacion será radicalmente imposible; la mano liberal destruirá enseguida lo que la mano católica vaya edificando.

La doctrina mestiza del liberalismo, hija de un falso espíritu y de una falsa caridad, se parece al híbrido mulo por su infecundidad: el que tiene la desdicha de estar contagiado de liberalismo esteriliza cuanto toca.

El liberalismo católico es *una peste perniciosísima*, porque coloca en la base de nuestras instituciones públicas unos principios cuyas consecuencias extremas, rigurosamente lógicas, conducen á los horrores de la anarquía. El principio fundamental del liberalismo puede resumirse así: *ante la ley, el error tiene los mismos derechos que la verdad.*

De ahí se origina «la libertad de pensar,» que puede formularse así: Tengo el derecho de imaginar cuanto se me antoje, de creer lo que me plazca, de negar lo que no me guste. Tengo el derecho de creer que no hay Dios, que no tengo alma, que el robo está permiti-

do y que tanto mal causo matando á un hombre como á un pollo.

De ahí resulta tambien «la libertad de conciencia.» Todas las religiones dicen, tienen un derecho igual al respeto y proteccion de la ley; el mismo respeto, la misma proteccion se merece el Evangelio que el Alcoran, para la ley, lo mismo es un cristiano que adora á JESUCRISTO, que un judío que lo blasfema; para ella el mismo respeto le merece el católico que venera la santa Eucaristía que el protestante que la pisotea; en fin el mismo respeto para el mártir y para su verdugo.

De ahí sale «la libertad de la palabra.» Tengo el derecho de decir todo lo que imagino y nadie lo tiene de hacerme callar. Tengo el derecho de blasfemar. El que me impida alabar á Dios ó me prohíba insultarle, tanto el uno como el otro atentan á mi libertad, y por consiguiente cometen un crimen.

El mismo origen reconoce «la libertad de la prensa.» Todo lo que tengo derecho de decir, tengo derecho de imprimir y publicar. Cualquier apóstata tiene derecho de escribir que JESUCRISTO no es Dios, y ningun hombre, ningun poder tienen derecho para embargar su libro ó su periódico.

Finalmente de ahí nace «la libertad de acción.» Tengo el derecho de hacer cuanto se me antoje y de poner en obra cuanto imagine, con la sola condicion (aun perfectamente arbitraria) de conformarme con lo dispuesto por la policía.

De seguro que no solamente los católicos liberales, sino todas las personas honradas, rechazan con indignacion esas absurdas y horribles locuras; pero admiten buenamente los principios de donde derivan, y, en lo mas abyecto de la sociedad, no faltarán jamás terribles lógicos que sacarán las consecuencias.

Finalmente, el liberalismo católico *es una peste y una peste perniciosísima*, porque los que le profesan, quieran no quieran, se convierten en autores de la general ruina.

La historia moderna acredita que siempre y en todas partes las ilusiones y el descorazonamiento de los hombres de bien, han preparado el camino á los escesos revolucionarios. Cada 89 lleva consigo un 93, de la misma manera que en la flor se encierra el gérmen del fruto. El liberalismo es la revolucion en flor; la demagogia y la anarquía son su fruto.

La revolucion se ha desacreditado por sí

misma á consecuencia de los desastres que desde un siglo viene acumulando: está convicta y confesa de haber mentido en cuanto ha prometido; sus mas ardientes adeptos proclaman su bancarrota. Ha llegado pues el momento de sacudir su yugo, de volver al orden cristiano, y puesto que la bondad de Dios nos facilita los medios y nos allana el camino, ¿por qué no hemos de resucitar á la verdadera vida católica, á la verdadera vida social y política? ¿Quién nos lo ha de impedir, quién?... No son ciertamente los desalmados de la *Commune*, ni los declarados enemigos de la Religion y de la sociedad; son los cristianos de falsas ideas, los hombres llamados de orden que conservan y proclaman los principios de esa misma Revolucion cuyos escesos combaten; son los revolucionarios moderados, son los católico-liberales.

La Revolucion doctrinal, el liberalismo detiene al hijo pródigo que quiere volver á la casa paterna, que quiere arrojar de sí los andrajos de la licencia, para vestir de nuevo la blanca túnica de la libertad; que quiere huir del deshonoroso yugo del despotismo ó de la anarquía, para cobijarse tranquilo y con-

fiado bajo el manto paternal de la autoridad.

Pero ¿cómo es que el liberalismo le detiene tan fuertemente? Porque está enamorado de la doctrina de la Revolucion que es la última y lógica consecuencia del liberalismo. Los triunfos de la Revolucion serian pasajeros si solo vinieran acompañados de sus escesos y violencias; la duracion de su imperio débese á sus doctrinas y á los fautores de sus doctrinas sobre todo cuando son honrados y religiosos ó, lo que es lo mismo, liberales católicos, los cuales, apesar de sus buenas intenciones, son la rémora que se opone á la resurreccion cristiana de la sociedad.

La fuerza principal de la Revolucion lo mismo en Francia que en toda la Europa cristiana, reside mas en el apoyo que los hombres de orden prestan á sus principios, que en la desesperacion con que los hombres del desorden popularizan las consecuencias. El liberalismo es el veneno que mata: la anarquía es la descomposicion que sigue á la muerte.

Y ¡cuántos hombres de orden se hallan en este caso! Mas del ochenta por ciento. Estoy seguro que ni siquiera uno de ellos querria morir sin sacramentos; y aunque no siempre

dan testimonio público de su catolicismo, en el fondo de sus conciencias profesan la fé: son pues católicos, pero mas liberales que católicos, y por esta razon unas veces involuntaria y otras inconscientemente, causan el horrible é incalculable daño que acabamos de esponer.

Juzgad, pues, hombres de buena voluntad, cristianos pensadores, si el obispo de Poitiers tenia razon al pronunciar estas palabras en una célebre conferencia que llegó á tomar el carácter de un importante acontecimiento. « Vosotros que nada teneis de comun con la impiedad de los liberales revolucionarios, pero que profesais las doctrinas del catolicismo liberal, inscrito irrevocablemente en el catálogo de los errores condenados por la Iglesia, deteneos un momento y observad que el orden no debe elevarse *al lado sino encima* del fundamento cristiano; fuera de él solo hallaréis oscilaciones, caidas, ruinas; hallaréis el desorden y la anarquía, y, como consecuencia, la vuelta inevitable al régimen del despotismo que la necesidad os condenará á reclamar á pesar del horror que os inspira (1). »

(1) Sermon de Navidad en 1873.

Tales son, amigos míos, los frutos deletéreos del liberalismo católico. Juzgad del árbol por sus frutos.

## XX.

«¿Qué hay pues que hacer en práctica?»

Una cosa muy sencilla; ser siempre católicos de piés á cabeza, católicos en nuestras ideas y en nuestros juicios, católicos en nuestras simpatías, católicos en nuestras palabras, católicos en todo y por todo, en nuestros actos públicos como en los privados.

Y como la primera condicion que se exige al católico es la de someterse completa y sinceramente al Vicario de Dios, jefe supremo de la Iglesia y regla viviente de la verdadera fé, por eso deberémos poner especial cuidado en alejarnos de cuanto debilite en nosotros en lo mas mínimo el religioso respeto y absoluta obediencia que debemos á la Santa Sede. Esta cuestion tiene una importancia capital. Solemos tener poco cuidado en nuestros estudios, en las discusiones, en las lecturas, en las lecciones y hasta en las relaciones que estrechamos, y de ahí proviene que con frecuencia nos contagiemos.

«En cuanto á vosotros, queridos hijos, nos dice el Santo Padre, acordaos que cumple al Soberano Pontífice, que es el vicario de Dios sobre la tierra, decidir cuanto se relaciona con la fé, con las costumbres y con el gobierno de la Iglesia, á tenor de lo que Jesucristo ha dicho de sí mismo: *El que no recoge conmigo, desparrama.*

«Haced pues consistir toda vuestra sabiduría en una obediencia absoluta y en una espontánea y firme adhesion á la cátedra de Pedro (1).»

Con el auxilio de esta infalible piedra de toque, reconocerémos siempre el oro puro y le distinguiremos del cobre dorado. Toda doctrina que, *sea en lo que fuere*, se separa de la enseñanza de la Iglesia, por eso mismo ya debe ser sospechosa, y no solo debe ser sospechosa, sino rechazada y no solo rechazada sino combatida.

Ese es el *combate de la fé*, de que nos habla el apóstol san Pablo, y al cual todos somos llamados, los unos en calidad de jefes, como los sacerdotes; y los otros, que son los seglares, como simples soldados de Jesucristo.

(1) Breve á los Milanese.